

mi muy querida y jamás olvidada nena: ayer recibí una carta tuya - ¡qué alegría! - y hoy otra, ¡doble alegría! No te escribí ayer mismo por eso precisamente: por que me decías que me ibas a escribir al día siguiente también. Como siga yo aquí, en este Madrid que odio sólo porque me ha separado de tu cariño, te vas a arruinar comprando tanto sello. Por tanto, te mando eso para que te cueste menos escribirme, ya que debes tener trabajo de sobra con coger la pluma y la aguja.

Josefina mía; te prohíbo terminantemente te joder? terminantemente, que meñas por que no me tienes a tu lado. Está bien, nena, que te acuerdes de mí, que me quieras más cada día, cada hora, cada minuto, pero está muy mal que no duermas, que no comas, que te entristezcas porque no me has visto en unos días. Eso no te lo permito. Me has puesto de muy mal humor con tu carta de hoy. Quiero conocerte cuando vaya a Orizuela; no quiero encontrarme con otra mujer que no sea la misma que conocí. Aní, que ya sabes. Tienes que alegrarte, nena querida, ojos de los míos; tienes que pensar de unos momentos.

¿Qué te pararía ni en vez de unos días, tuvieron
que estar años enteros sin verte, como les para
a otros? ¿Qué harías tú entonces? ¿Morirte?
No seas tan proquito cosa, cariño; harte más
valiente que el buen guardiacivil de tu padre.
No te quiero decir más "me parece que iré
para tal día"... Cierito, te lo digo: el martes
proximo salgo por la noche para tí, para
tu voz, para tu criatura incomparable. ¿Te
gusta? No me es posible autis, van muy des-
pacio las cosas. Aquí se hace todo muy
lentamente, tanto, que me desespero yo.
¿Crees tú, "quapa", una na de mi vida, mo-
rena como ninguna, que estoy aquí por
que sí, porque me gusta? Si yo me ahogo
en este ambiente lleno de vicios y mujeres
pintadas como payasas, donde echo de menos
tus ojos llenos de puerera y verdado. Ni voy
al cine, ni al teatro, ni a ninguna clase de
espectáculos. De mis asuntos a mi casa y de
mi casa a mis asuntos, como tú de la tuya
al taller y de este a tu cara. Frente a mi
balcón hay otro adonde salen unas niñas pre-
sumidas de las

mañanas, vician a mi balcón y esperan... Yo me acuerdo de ti, y me digo: ¿No sería traicionar el cariño de mi morenica donada, hacerles la nada, aunque sólo fuera de mentirijillas, a estas coquetas?

No hay ninguna mujer digna de compararse a ti. No temas que re enfúe mi querer en este diciembre de nieve y hujina madileños.

Te tengo que decir una cosa: oye: dime; ¿qué necesitas, qué quieres que te lleve de Madrid?

Pídeme algo. No te excuses, porque te he de llevar aunque tú no quieras. Es mucho mejor que me digas en tu carta sigüente a estas:

Mira, Miguel, tráeme esto, o lo otro, o lo de más allá, que es lo que más me gusta, o lo que más necesito. ¿Un par de guantes? ¿Un jersey?

Hay unos muy bonitos aquí. Yo me paro, digo, me detengo todo los días ante

los escaparates y me digo ante todo lo que veo: ¡Qué bien le ventaría esto a mi novia!

Añi que ya sabes: aunque tú me digas que no, yo he de hacer que sí. Y para llevarte algo que a ti, o no te agrade, o no te haga falta, prefiero esperar tu contestación y lle-

varle algo que sea al mismo tiempo bonito
y de provecho.

No me digas más, quarsua mía, que
si el credo y el medio padremuerto. Lo lo
hemos agostado bastante el tema. Y bueno:
te voy a dejar aquí, con estas letras, entre
tus manos que tengo ganas de estrechar
-¿quién pudiera hacer algo más que estrechar-
te las! - porque he de ver a unos señores que
me han prometido interesarse por mi asun-
to y con las dos, y re me enfian los fideos.

¿Quieres que te diga algo nunca oído,
una cosa nueva, extraña, que te sorpren-
derá cuando la leas? Pues ahí va:

TE QUIERO! ¡Verdad que no
has oído nunca eso?

Adios, nenica; no dejes de hacer lo
que te aconsejo, o me enfadare mucho
contigo cuando te encuentre.

¿Me quieres de mí? ¿El corazón?
Si ya te lo dejé al venime encima del tuyo?

Adios, adios; tu Miguel

Madrid 10 de diciembre 1934